

El Arrullo como espacio religioso de resistencia

El Arrullo as a religious space of resistance

Fecha recibido: 18/11/2022 - Fecha publicación: 7/07/2023

Hna. Luz Mery Bermeo de los Ríos¹

Resumen

Este artículo ofrece una lectura con mirada teológica y social de una manifestación que subyace en los procesos populares, religiosos y culturales de las comunidades afrocolombianas del Pacífico sur colombiano, releída como estrategia de resistencia en medio de los contextos violentos propios de los múltiples conflictos del país, especialmente el armado.

El Arrullo resulta de una práctica que las comunidades negras habitantes de los territorios de Tumaco-Colombia, han venido construyendo durante siglos, mezclando factores comunitarios, culturales, religiosos y sociales. Se aborda aquí como una de las estrategias de resistencia en reacción a los procesos de violencia, emancipación y esclavitud causados tanto por aquel traslado injusto y obligado a Colombia de diversas etnias originarias de África por cuenta de los poderes europeos, como por los antecedentes que originaron sus actuales situaciones de opresión y de empobrecimiento.

Durante siglos, esta celebración tradicional y colectiva ha posibilitado formas originales de comprender y de practicar la religiosidad y de asumir lo divino; así mismo, salvaguardar espacios para el encuentro y el fortalecimiento mutuo en cohabitación con las prácticas institucionalizadas. En un planeta globalizado, donde lo local podría aniquilar las particularidades, el Arrullo cobra aún más significado, presentándose como esa manera propia de hacer comunidad que, saliéndose de los parámetros de una Iglesia-Institución centralista, exige el acercamiento, no solo geográfico a esta originalidad religiosa de sus gentes, sino también a sus prácticas, sus vidas, sus formas de creer y de celebrar, pero sobre todo de resistir en medio de los contextos de guerra en que viven.

Palabras clave: Arrullo, Resistencia, Fiesta, Comunidad, Afrocolombianidad.

¹ Religiosa de las Hermanas Misioneras de la Comunidad Cristiana; Administración de Empresas, Universidad Católica Luis Amigó; Teología, Especialización en Estudios Bíblicos y docente, Fundación Universitaria Claretiana. Publicaciones de sentipensares para *Tras las huellas de Sophia*, en el blog de *Religión Digital*. Miembro del Centro Bíblico Tamar de Medellín y del grupo de Investigación Effatá. Correo electrónico: lbermedelosrios@gmail.com

Abstract

By offering an update on El Arrullo as a religious space of resistance, three moments are presented: first, a contribution is made from the Biblical text, reading the life of the black communities and their experience of resistance in the light of the Word. Secondly, they begin to discuss this work with José's book *Resistencia Festiva. EITHER. Córdoba, CMF*, where cultural manifestations around resistance come together. Thirdly, an exercise of rapprochement or socialization of the final reflection is invited with the protagonists of these lines, which are the black communities, since it is precisely they who, through their written experience, can find another form of resistance and especially legacy for the new generations.

Keywords: Lullaby, Resistance, Afro-Colombian theology, Culture, Peripheries

¿Por qué hablar del Arrullo?

Hasta hace algunas décadas y de modo sistemático, las particularidades del mundo negro venían siendo muy poco tratadas o exploradas desde la mirada teológica; poco a poco esto ha venido cambiando, abriéndose nuevos espacios en que se reivindican las prácticas abordadas en clave de resistencia.

Tales prácticas son vividas por las comunidades ubicadas en la zona costera del Pacífico nariñense colombiano, Tumaco designa aquí no tanto a la cabecera municipal, sino al conjunto de comunidades y pueblos afrocolombianos diseminados a lo largo y ancho de esta esquina más suroccidental de Colombia y al centro de un Chocó biogeográfico, que otrora definiera González (1982) como:

tierra ácida, arcillosa y de poca fertilidad, abandonada a su suerte en uno de los lugares más lluviosos del mundo que se extiende desde las estribaciones de la Serranía del Darién al norte del Chocó, hasta la frontera con el Ecuador. (p. 37)

Tumaco ha sido un territorio muy apetecido desde siempre por *los poderosos*; aquí se materializa esa diada en la que se vive la riqueza de pocos a

cambio de la pobreza de muchos; tierra de contradicciones existenciales, entre la fe en el Dios de la vida y la vida deteriorada a manos de dioses de muerte... en muchos casos, dioses de manos blancas. Tumaco es, en definitiva, un colectivo de comunidades que se recrean permanentemente en sus estrategias innatas de resistencia ante las realidades de opresión impuestas, pero que también echan mano de sus creencias en un Dios que libera.

Una celebración no superficial

En un contexto capitalista donde lo superficial va a la orden del día, el Arrullo señala una ventana hacia las prácticas de lo profundo, se asoma como una celebración que toca el sentido mismo de la existencia en peligro. Esta mirada detenida permite abordar la experiencia del Arrullo como práctica que las comunidades afrocolombianas, en sus estrategias de supervivencia, han mantenido a lo largo de siglos de desarraigo y opresión, expresando desde él unas posturas que sobrepasan la manifestación de lo meramente religioso para convertirlo en un acto con un sentido más pleno.

Su celebración religiosa, ignorada como expresión y espacio para la resistencia, revela el desconocimiento de este otro mundo negro, y de sus identidades de fe, pero también propone una oportunidad para conocer esas maneras de llamar, orar, concebir, celebrar y orar a Dios, de presenciarle en sus canciones, danzas, instrumentos, palabras y prácticas. El Arrullo no es un invento, tampoco una novedad o un descubrimiento; ha estado allí como certeza de que siempre será posible redimensionar el mensaje del Resucitado en las celebraciones autóctonas, desde la fe, con y desde el pueblo.

El Arrullo nació y creció en una cultura híbrida en todos los sentidos, que maneja categorías diferentes a las occidentales. Aquí, es obligatoria una postura que asuma el presupuesto filosófico de la otredad: mirar ahora desde las circunstancias, razones y formas de entender la vida del otro y ya no solo desde la propia. Se trata, entonces, de estar abiertos a comprender este sentido afrocolombiano, esta otra manera de ser y estar que sobrepasa lo puramente étnico y cultural.

La teología negra aún está por escribirse

Desde el contexto afroamericano de la Teología de la llamada Liberación, una reflexión del Arrullo como resistencia, deja ver un gran campo virgen que permite caminar libremente en su tratamiento; preocupa entonces no solamente

esta ausencia de reflexiones propias, es decir de autores afrocolombianos, sino también el problema de escribir de la experiencia de fe de negros y negras, sin ser negro. Añádase otro problema: de eso poco que se va elaborando, casi nada llega a conocimiento de los pobres reales.

En consecuencia, también la Iglesia se desplegó e impuso, desconociendo al indígena y al negro, a quienes uniformó desde la práctica de los bautismos en masa. Se desconoció desde el principio que la verdadera universalidad no consistía en imponer un mismo modelo o una misma forma de entender ni de celebrar la fe, sino en llegar a un verdadero entendimiento desde lo que cada uno era.

Muy por el contrario, y en el contexto de esta teología afrocolombiana, la reflexión que propicia el Arrullo nace de la vida misma de las comunidades negras y pobres de Tumaco y de sus situaciones de opresión. Ya decía Leonardo Boff (1985), que desarrollar este tipo de teología “supone necesariamente la liberación de un cierto tipo de teología abstracta y constituida en un sistema hecho de conceptos”; también exige —a nuestro modo de entender— una relación real del teólogo con el medio en que acontece esa opresión a fin de no caer en disquisiciones que no dicen nada a nadie. A su manera, Gustavo Gutiérrez (1990) lo adelantó así:

Situarse en la perspectiva de la liberación supone, por consiguiente, una gran sensibilidad para captar y cultivar la dimensión celebrante y contemplativa de pueblos que encuentran en el Dios en quien creen al Padre, simultáneamente a la fuente de su reclamo por la vida y la dignidad /.../ Se trata más bien de la voluntad de vivir a la vez, y en mutuo enriquecimiento, dos aspectos que la mentalidad occidental separa con frecuencia. Dicotomía con la que ella persiste. (p. 35)

Los esfuerzos de los teólogos de lo que se llamaba el *tercer mundo* conformado por África, América Latina y Asia, motivados por la toma de conciencia de los pueblos negros que viven en América, así como de su papel y su importancia al interior de las diversas sociedades que siempre han buscado marginarles, han venido suscitando un ambiente y una sensibilidad que está haciendo florecer esta teología.

Este dato es importantísimo, sin embargo, no se puede ignorar que la causa de que no haya tratamiento más visible de la Teología Negra, al interior de las Teologías Latinoamericanas en las que se incluye esta reflexión, es que aun en espacios donde se aboga por el protagonismo del pobre, por el derecho de

ser de los diversos grupos minoritarios, etc., también se margina al marginado, cuyo nombre aquí es la persona del afroamericano. Afirmemos con James:

La tarea del teólogo cristiano consistirá en hacer teología a la luz de lo concreto de la opresión humana, cual se expresa en el color y en interpretarles a los oprimidos el significado de la liberación de Dios en la comunidad de los suyos.

Pero ¿Qué es el Arrullo?

Amén de los variados contextos en los que se puede vivir esta expresión de fe, el Arrullo será abordado aquí desde la experiencia del velorio a un santo, como se le llama a fiesta nocturna que estas comunidades afrocolombianas celebran, en honor a un santo, a alguna advocación de La Virgen o a Jesucristo. En Tumaco, los velorios más comunes son en honor a San Antonio y recrean una experiencia del pueblo de Dios traída al presente a través de cantos, acciones, gestos e instrumentos, pero sobre todo movida por la fe que actualizan estas comunidades negras, convirtiéndose así en fuerza para seguir viviendo.

Lo que sucede el día en que se celebra el Arrullo

En esta experiencia religiosa que mezcla el ritmo musical de raíces africanas con contenidos católicos traídos desde España, se cantan alabanzas a Dios –tal como lo entiende este grupo étnico– durante un espacio largo de tiempo y en un ambiente de mucha alegría, pero también de oración y de fiesta. Cuando se realiza el velorio, Dios escucha, y por eso la noche se pasa con felicidad.

Hay que comenzar por decir que no se tienen definidas las fronteras espacio temporales de dónde inicia ni de dónde termina el Arrullo; quienes lo celebran lo han venido preparando en diferentes fases a lo largo de los días o meses anteriores al evento. Frecuentemente, desde varios días antes las conversaciones en el caserío giran en torno a la fiesta que se avecina. Esto hace que el Arrullo fortalezca la solidaridad y el apoyo en la comunidad, entre otros lazos pueden citarse: el apoyo económico para comprar lo necesario para esa noche; el préstamo de objetos esenciales a la fiesta, como es el caso de los necesarios instrumentos musicales; la consecución de sillas y bancas para atender a la gente. Todo este apoyo solicitado, recibido y entregado conforma la mejor tarjeta de invitación para los vecinos del caserío.

La noche del sábado se acerca lentamente, y da tiempo para que quien ha invitado a la celebración del velorio, casi siempre una mujer, la dueña del Arrullo, se disponga a recibir a sus invitados en su casa, que no en el templo, en cuya sala, en uno de sus estrechos rincones, ha preparado un adornadísimo altar: ordinariamente una especie de casa construida con papel y sobre cuatro varas que terminan de darle al altar el aspecto de casa, donde se colocará la imagen del santo que motivó la celebración; a veces, como paso previo, la imagen es llevada en una sencilla procesión por el caserío; en este caso los cantos inician en este momento.

También se han comprado dulces y otras golosinas para todos, lo mismo que panes y café, y de manera tan abundante que contrasta con lo que sucede en el diario vivir, donde casi no hay dinero para lo más mínimo ¡Es una fiesta!, y por ser fiesta no ha de faltar el licor. El alcohol es un elemento con que se acompañan las fiestas en casi todas las culturas.

Como en el caserío no hay energía, la noche llega suavemente, también los que vienen a celebrar. El ambiente en penumbras que hay en la pequeña casa de madera, apenas iluminada por la luz de las velas (candelas), se convierte en un gran elemento para dejar salir toda esa espiritualidad que los negros saben exteriorizar.

La *fíestera* – como también se le dice a la dueña del velorio, acompañada de sus familiares y personas cercanas que han venido desde lugares distantes, recibe a los invitados en su casa. Niñas y niños de esta familia se encargan de avisar a los músicos para que se acerquen hasta allí. Las mujeres de más edad junto con algunas jóvenes van llenando la pequeña sala que dentro de poco y a la altura de la entrada de la noche estará repleta. Los hombres suelen, por lo general, llegar más tarde que las mujeres.

Si bien no hay un tiempo preciso de inicio, sí hay una voz que lo plenifica, la de una mujer negra. Antes de que ella inicie a cantar, se ha formado una especie de dos medias lunas que se encuentran: en una están las mujeres cantoras; en otra los hombres – muy esporádicamente mujeres – con sus instrumenteros listos para interpretar las melodías.

Algunas cantadoras llaman a sus santos personales, les piden favores muy íntimos, frecuentemente del orden de lo económico y de lo afectivo. Los hombres también se preparan con unos tragos de alcohol; en algunos casos este elemento es el que ha motivado su presencia en el Arrullo.

Ha llegado el momento y una cantadora trae – como si fuera la primera vez – la palabra cantada, no escrita ni leída, sino guardada en el corazón, en

los corazones, durante siglos, y la dice ahora, en esta noche, como si fuera su gran debut, y lo que es mejor, ante un público en actitud orante que la espera. Con los ojos cerrados abre su boca y dice muy concentrada, y en voz alta, como alegre porque ha encontrado algo. Lanza la primera frase cantada del Arrullo a interpretar. Los hace a capela, pues a partir de ella se define el ritmo y la música que llenará el lugar:

- *Carmela me hizo un milagro...*,

Se hace un silencio profundo. Y la repite con unos tonos diferentes:

- *Carmela me hizo un milagro...*,

Los cununos buscan la nota y la van encontrando.

- *Me hizo un milagro patente –sigue ella.*

Y el grupo de cantoras se inserta repitiendo:

- *Me hizo un milagro patente.*

Sigue la lanzadora:

- *El milagro que me hizo,*

Ya los instrumentos están sonando llenándolo todo.

- *Aquí lo guardo presente –prosigue–.*

Tras un breve momento de tensión expectante, los bombos, los cununos, las maracas y todas las voces y los demás instrumentos estallan en melodías espirituales de la más alta calidad. Así lo expone De la Torre, 1994

Antes de comenzar su canto, los arrulladores toman un trago *para calentar el alma y la garganta* y que les quite la timidez; en profundo silencio, como recordando y concentrándose en lo que va a cantar, “empiezan a mover su cuerpo lentamente hasta acompañarlo con su alma; ahora es más fácil cantar hacia afuera lo que ya hace tiempo le está cantando muy dentro”. (p. 7)

Muchas personas han guardado los Arrullos por escrito, pero ordinariamente los saben de memoria, porque así fue como los aprendieron; en especial aquellos que son más conocidos por la temática que contienen y por la frecuencia con que son interpretados. La tradición oral hace el papel de

memorial, a la vez que de instrumento catequético para las nuevas generaciones de estas comunidades de afroamericanos.

La noche transcurre entre cantos, conversaciones, salidas y entradas de la concurrencia. Hacia la medianoche se reparte café y comida. La comida es un elemento central que define la calidad del tiempo compartido durante la fiesta, fortalece el ambiente de fraternidad del caserío, desde una lectura de la eclesiología ideal de las primeras comunidades. De acuerdo a Aguirre (1994) la comida es expresión de un sentir comunitario donde se da una “inversión de los valores y de las dignidades” de este mundo para dar paso a la fraternidad que se hace concreta en el compartir de un poco de comida.

Al amanecer, cuando ya todos están cansados y trasnochados y cuando se va diluyendo la magia religiosa y hermosa de la noche negra, las personas se vuelven a sus casas con una sensación extrema de paz y de alegría, embriagados por haberse encontrado con Dios, sus vecinos y hermanos de etnia y de fe.

El arrullo es espacio religioso de resistencia

Pueden citarse algunas luces que da García (1991, p. 115), quien señala que cuando buscamos relacionarnos con lo divino, lo hacemos con todo nuestro ser y que para eso las mujeres y los hombres creamos mundos simbólicos a cuyo alrededor nos reunimos y en muchas ocasiones, por medio de ellos, logramos aliarnos, defendernos, unirnos. Religión, cultura y entorno son elementos fundamentales para esta relación con Dios a través del Arrullo.

Por su religión

El documento de Puebla dice en su numeral 389 que lo esencial de la cultura está constituido por la actitud con que un pueblo afirma o niega una vinculación religiosa con Dios, por los valores o desvalores religiosos. Estos tienen que ver con el sentido último de la existencia y radican en aquella zona más profunda, donde el hombre encuentra respuestas a las preguntas básicas y definitivas que lo acosan, sea que se las proporcione con una orientación positivamente religiosa o, por el contrario, atea.

Para este pueblo afrocolombiano la fe no tiene una sola fachada; para él, no solo se vive en la misa del domingo, en el templo; su fe abarca toda su vida. Goza de una indescifrable apertura para participar, por ejemplo, en una eucaristía y luego de un Arrullo el mismo día.

En el Arrullo subyacen otras religiones y culturas africanas; de aquí la importancia de acercarse a ese proceso de transformación en un pueblo traído violentamente y cómo reedita sus creencias y manifestaciones en medio de su lucha de resistencia inicial por reubicarse en este nuevo mundo y que dejara a sus hijos en América la tradición de la búsqueda de su propia liberación a través de ella. La traída forzada, el sometimiento al trabajo sin paga y el mestizaje – entre otros muchos elementos– hacen que al interior de esta religiosidad se construya esta manera especial de relacionarse con Dios, quien es reconocido como un ser cercano a su realidad plagada de sucesos dolorosos y de la que este Dios busca liberarle. Al respecto nos dice Garrido (1981):

El foco cultural religioso vino con los esclavos y aquí (en el Nuevo Mundo) ese foco del interés religioso se encontraba, en buena situación, en los africanos y sus descendientes. Quizás porque la creencia era focal y estimulaba, por tanto, la experimentación y aceptación de innovaciones, se consiguió una adaptación que eventualmente sobrepasó y venció la tragedia de la esclavitud, en una manera no.

conseguida por casi ningún otro pueblo que haya experimentado tan alejada separación de su cultura /.../ Porque, en tanto que su religión daba sentido a la

vida, sus creencias no contenían ningún dogma rígido. (p. 19)

Los negros africanos enfrentaron un fuerte adoctrinamiento desde procesos organizados de resistencia, perdiendo o transformando lo que quedaba en la memoria colectiva de su cultura africana original. Sus creencias, símbolos y prácticas fueron blanqueados o desaparecidos a través del bautizo y del adoctrinamiento a partir de estos contextos y obligados a entre la muerte real y la esperanza de sobrevivir, el africano reelaboró y enriqueció sus propias filosofías, mitos y religiones liberadoras.

Cuando se habla de Dios entre los afrocolombianos se puede plantear por lógica al Dios cristiano, pues es el Dios que se les ha presentado, el dios que ha resultado del yugo y la obligación de los blancos. Pero realmente, cuando se dice Dios entre los negros, se dice simplemente Dios, sin color, sin atributos fijos, porque la espiritualidad afroamericana no ha pretendido definir a Dios, sino vivirlo; ¡es una espiritualidad eminentemente laica! Dado que históricamente se alejó sistemáticamente a los afroamericanos de la Institución Eclesial, hecho que lo corrobora, por traer un ejemplo, el bajo número de personas negras que por siglos conformó al clero latinoamericano.

Para explorar la actualidad religiosa que subyace en el Arrullo, debe tenerse en cuenta que en el continente africano hay cerca de tres mil etnias diferentes, cada una de ellas con su propio sistema religioso que muchas veces no es universal, sino tribal y familiar y que está en la más clara sintonía con la historia concreta de cada uno de estos grupos. En ellas no se tienen textos escritos, ni fundadores, ni reformadores, pues su origen se confunde con el de la tribu y no se practican individualmente sino en la comunidad.

En este mismo texto se continúa diciendo que por su carácter tribal en estas religiones “no hay misioneros que las propaguen al estilo occidental, ni tampoco piden conversiones de una creencia a otra. Es algo que hace parte de la historia del individuo y de su propio pueblo. Hay siempre un gran respeto por las creencias ajenas”. Pero tienen algo en común: todas creen en la vida después de la muerte, dato que hace entender la relativa facilidad con que se fortalecieron cada una de estas religiones acá en el continente americano, a pesar de su diversidad.

La mezcla de ingredientes religiosos dio origen a una especie de catolicismo popular al interior de las comunidades negras, caracterizado por una fuerte marca de cristiandad y por símbolos y ritmos afros, de donde surgieron y se mantienen hasta hoy experiencias tan ricas como la del Arrullo, bastión muy importante en la lucha de resistencia.

Se puede afirmar con un autor que, tras varios siglos, estas religiones han sobrevivido y dominan el fondo cultural de los pueblos afroamericanos. Cualquier intento de ignorarlas a la hora de un acercamiento con fines de evangelización es un impedimento para alcanzar el alma africana y –por tanto– para anunciar el evangelio al mundo entero.

La cultura en la que se mantiene el Arrullo

Ocuparse de esta cultura específica Tumaqueña ayudará a explorar en la mentalidad y actitudes propias de las que se nutre el fenómeno del Arrullo y que vienen a explicar aspectos fundamentales de su realidad.

El tema de la cultura afroamericana, siendo importantísimo, es muy discutido en lo que se refiere a sus orígenes. Para hablar de él, muchos parten de la Tierra Madre África, mientras que otros, dando poca importancia a su procedencia, lo hacen desde la presencia de los africanos en América. Al respecto –y aunque no es tarea de esta reflexión definirlo–, existe la teoría de que los negros ya estaban en América antes de la llegada de los hombres blancos.

En todo caso, la cultura negra latinoamericana, de la que se ocupa este apartado, viene a ser el resultado de la amalgama o la mezcla de las diversas sociedades que a lo largo de los siglos han estado en contacto entre sí en este continente americano. Este dato lo confirma Herrera (1994) al decir que “el hombre Afroamericano es el resultado de un proceso de aculturación que generó las condiciones para el encuentro étnico-cultural, que tuvo como escenario geofísico las Américas, y que es determinado por la herencia étnica y cultural Africana, de diversas expresiones (sistemas culturales y procedencia), por los esquemas culturales europeos y por los valores culturales amerindios de variadas expresiones”.

Actualización

Esta actualización de *El arrullo como espacio religioso de resistencia*, se presenta en tres momentos: en primer lugar, se realiza un aporte desde el texto bíblico, leyendo la vida de las comunidades negras y su experiencia de resistencia a la luz de la Palabra; seguidamente, se propone un diálogo entre este texto con el libro de Córdoba (2019) titulado *Resistencia Festiva. Fiesta de San Antonio de Padua en Tanguí, Chocó en el contexto del conflicto armado (1996-2008)*, donde se unen las manifestaciones culturales en torno a la resistencia; como un tercer punto, se invita a un ejercicio de acercamiento o socialización de la reflexión final con sus protagonistas, es decir, las comunidades negras. Pues son precisamente ellos quienes a través de su experiencia escrita pueden encontrar otra forma de resistencia y especialmente de dar continuidad a este importante legado para las nuevas generaciones.

Primer momento

Se podrían mencionar muchas otras citas, pero este pequeño ejercicio, conecta la experiencia de preparación, vivencia y resultado del Arrullo con la Palabra y con lo vivido por otras generaciones. Al leer la vida de las comunidades negras a la luz de la Palabra, se pueden tomar textos de ambos testamentos, ya que en ellos se reflejan las experiencias de resistencia, las luchas del pueblo de Israel por preservar la vida frente a un sistema de muerte representado en el Faraón, si hablamos del Antiguo Testamento; si vemos la experiencia de las primeras comunidades en el Nuevo Testamento, nos regalan detalles tan particulares como lo son el compartir en las casas y la comida, lo cual es muy significativo para el pueblo negro.

Al leer a Ferrer (1997), podemos ver el nivel de importancia y el respeto que se tiene por la Palabra de Dios, estas comunidades la han *guardado en el corazón*, conocen su valor, la han transmitido a cada generación y por eso se disponen, asumiendo una actitud orante para escucharla, para dejar que se renueve y sostenga su caminar.

Reconocer que dicha Palabra es *guardada en el corazón*, hace referencia a una forma de conservar lo que para ellos es valioso, pues los desplazamientos forzados y la esclavitud que muchos padecieron les impedía conservarla de forma física; ellos le dan fuerza a la tradición oral y hacen de su propia experiencia de vida, palabra de Dios, como lo expresa uno de sus líderes y lo podemos entender desde Córdoba (2019, p. 113) Donde las situaciones de la comunidad se pueden tratar dentro de la celebración de la misa.

Todo el ambiente gira en torno al santo, a la cultura y a la vida del pueblo, por tanto, cada momento de la misa va recogiendo la vida cotidiana del pueblo y la transforma en acciones de gracias, peticiones, alabanzas y súplicas. Así, mientras el sacerdote que preside la misa patronal comparte en su reflexión u homilía algún aspecto del santo, las personas del pueblo que intervienen ventilan temas y problemáticas alusivas a su comunidad, es decir, presentan su propia cosmovisión de San Antonio y el sentido de la fiesta.

Con relación a la importancia que tiene la palabra de Dios y la voz del pueblo, continuamos con el aporte desde el texto Bíblico y lo dicho por Ferrer en relación con las comunidades: *echan mano de sus creencias en un Dios que libera*. (1997, p. 2)

A este respecto, en el libro del Éxodo podemos encontrar varios testimonios de resistencia, donde el pueblo clama a Dios y encuentra estrategias para proteger la vida, como es el caso de las parteras y el de la madre de Moisés. Retomaremos Éx 3,7ss, para mirar los frutos de esa resistencia, y aunque no está explícito el tema de la celebración, se da, por hecho, a partir de la victoria que Dios tiene frente a los opresores y el cumplimiento de las promesas que hizo al pueblo.

El Señor le dijo: - He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos y he bajado a librarlos de los egipcios, a sacarlos de esta tierra para llevarlos a una tierra fértil y espaciosa...

Seguro que, al escuchar este texto, cualquier pueblo o persona en opresión recobra la esperanza: Pues esta misma función se identifica en el velorio: *Cuando se realiza el velorio, Dios escucha, y por eso la noche se pasa con felicidad.* También el Pueblo de Israel vivo una noche de felicidad al cruzar el Mar Rojo Éx 14 y esta se culminó con himnos y cánticos de alabanza Éx 15.

Aunque el resultado final de estas experiencias está representado en alegría, fiesta, música y baile, el origen de la misma se gesta en un ambiente de profundidad y reflexión ante la situación opresora que se está viviendo, en busca de fortalecer la esperanza y sostener la resistencia del pueblo a través de sus estrategias, en este caso de la celebración: *la reflexión que propicia el Arrullo nace de la vida misma de las comunidades negras y pobres de Tumaco y de sus situaciones de opresión* (p. 5).

El profeta Elías, nos habla de una brisa suave 1Re 19, 1ss, en la que descubre a Dios, pero lo hace después de pasar por otros acontecimientos. Esto mismo es lo que experimenta el pueblo, ellos viven en medio de guerra, balas, narcotráfico, zonas militarizadas, minas, secuestros, continuas amenazas, extorsiones... y la lista podría continuar, pero cuando se prepara el Arrullo, esa brisa suave que llega a sus vidas, todo lo cambia: *las personas se vuelven a sus casas con una sensación extrema de paz y de alegría, embriagados por haberse encontrado con Dios, sus vecinos y hermanos de etnia y de fe* (p. 1). Así se fortalecen y aunque en su entorno continúen las situaciones difíciles, ellos son diferentes, o sea, la realidad personal y comunitaria ha cambiado.

Podemos encontrar otros ejemplos de resistencia y celebración en el Antiguo Testamento, pero tenemos una experiencia muy cercana en el Nuevo Testamento, de manera especial con los evangelios y las primeras comunidades cristianas, narrado en los Hechos de los Apóstoles y que se evidencia con claridad en relación con el Arrullo, donde se comparte desde lo económico, los instrumentos para el canto y los asientos para la gente, todos están comprometidos desde sus posibilidades para que a la fiesta y al santo no les falte nada.

Los Hechos de los Apóstoles, por su parte, nos narran que: *La multitud de los creyentes tenía una sola alma y un solo corazón. Nadie consideraba sus bienes como propios, sino que todo lo tenían en común... No había entre ellos ningún necesitado... 4,32-34.* Esto es lo que se experimenta en la preparación de un Arrullo, un caserío unido, la colaboración de todos desde sus posibilidades y que no falten los detalles: confites, comida y hasta licor.

Otro de los datos que se manifiesta en los Hechos de los Apóstoles 16, 14ss y que se puede descubrir en la preparación del Arrullo es el liderazgo de la mujer: *Nos escuchaba una mujer llamada Lidia... El Señor le abrió el corazón... Se bautizó con toda su familia y nos rogaba: - si me tienen por creyente en el Señor, vengan a hospedarse en mi casa. Y les insistía.* En Lidia se puede ver a una mujer con autonomía, con una casa que ofrece a los apóstoles y una autoridad para convocar; así lo hacen las mujeres de estas comunidades negras colombianas que preparan todo para su celebración: ellas motivan la fiesta, consiguen lo necesario, disponen sus casas, preparan el altar, acogen a sus invitados, y dan inicio a la celebración.

Además de mostrar la importancia del papel que tiene la mujer, nos regala un dato adicional relacionado con el espacio donde se celebra el Arrullo y es la casa, en los Hechos de los Apóstoles 2, 46_b, podemos leer: *En sus casas partían el pan, compartían la comida con alegría y sencillez sincera.* Esto es precisamente lo que se vive en la casa, donde tiene lugar el Arrullo. Como lo dice Ferrer:

La comida es un elemento central que define la calidad del tiempo compartido durante la fiesta, fortalece el ambiente de fraternidad del caserío, desde una lectura de la eclesiología ideal de las primeras comunidades. (1997, p. 11)

Esta experiencia de las primeras comunidades, es memoria del testimonio de Jesús narrado en los evangelios. En las bodas de Caná lo vemos compartiendo en casa, con familias, amigos, publicanos, pecadores, y hasta con recién casados (Jn 2, 1-11). En estos espacios Él iba contagiando a sus seguidores de una propuesta diferente, cargada de vida y esperanza, totalmente contraria a su realidad de opresión infligida por un imperio que lo controlaba todo. Jesús es motivado por su Madre para ayudar a estos novios que se han quedado sin vino, sin fiesta y están a punto de pasar vergüenza. Superando siempre lo superficial, Él les surte de vino, pero en sí lo que les está regalando es la alegría, la posibilidad de continuar con la fiesta, de alegrar a otros. La esperanza ha vuelto, el deseo de seguir adelante con todos los procesos que alejan la opresión se ha renovado. La fiesta ha hecho su efecto liberador y de resistencia.

Este pasaje de Las Bodas de Caná, nos muestra que Jesús se hacía uno con su pueblo, compartía toda su realidad, tanto en los momentos difíciles, como en las alegrías. Según Córdoba (2019), esta cercanía es la misma que el pueblo negro siente con su Santo: “Tal como el santo del baile pasa al templo

y sigue ocupando su papel de santo, igual ocurre con el sacerdote. El Santo penetra en la cultura del pueblo y es penetrado por ella” (p. 130).

Segundo momento

Los escritos nos conectan con una experiencia de vida gestada desde un hecho de dolor, pero transformada por la alegría que los caracteriza. Ambos textos coinciden en muchos detalles que podrían sumarse a una especie de *doce formas de encontrarse*, que se comparten sin pretender abarcarlo todo; más bien dejan pistas para continuar creando diálogo y conexión con muchos otros textos y autores que han condensado en sus escritos la riqueza guardada, conservada y hecha fiesta como estrategia de resistencia, de organización y unidad para el pueblo.

La cultura negra es el sello propio, están aquí, pero pertenecen a distintas partes y etnias. En su sangre llevan su esencia, su tradición y creencias. Han sido capaces de preservar a lo largo de los años su tesoro espiritual y cultural, haciendo que cada generación lo conserve.

Esto que Ferrer (1997) llama *espacio religioso de resistencia*, Córdoba lo asume como una *resistencia festiva*; para el primero, los negros sufrieron un fuerte adoctrinamiento, al que resistieron desde procesos organizativos, buscando no perder y transformando lo que quedaba en la memoria colectiva de su cultura africana original (p.12); Córdoba hace referencia a la condición étnica de esta población, en que se asume como comunidad, pueblo negro, afrocolombiano o afrodescendiente... En el caso colombiano, una gran mayoría de los descendientes de África se nombra como comunidad negra o pueblo negro.

Desde esta óptica, el territorio es asumido no solo como el lugar que habitan, sino también como eso que les da identidad, aquello que se resisten a dejar y que les motiva a generar estrategias de resistencia.

El Arrullo, al igual que las fiestas religiosas, son prácticas construidas por las comunidades negras que han habitado los territorios de Tumaco a lo largo de los siglos (Ferrer, p.1); es lo mismo que ha sucedido con los habitantes Tanguí, ubicados sobre el río Atrato, a unos veinticinco kilómetros, río abajo, de la ciudad de Quibdó, quienes viven, fundamentalmente, de la agricultura y la madera (Córdoba, p. 57).

Siendo la guerra un hecho doloroso, aparece también como una realidad que da origen a posibilidades (...) la resistencia pacífica y festiva de parte de las comunidades. Sin el ánimo de justificar los actos violentos de las generaciones pasadas, y más bien con el deseo de exaltar la creatividad de los pueblos, se puede decir que, de un hecho de muerte, ha surgido una experiencia generadora de vida y esperanza.

Así lo podemos constatar en Ferrer (1997) quien propone que el Arrullo cobra aún más significado al presentarse como la manera propia de hacer comunidad, y que, saliéndose de los parámetros de una Iglesia-Institución centralista, exige el acercamiento, no solo geográfico, a esta originalidad religiosa de sus gentes, sino también a sus prácticas, sus vidas, sus formas de creer y de celebrar, pero sobre todo de resistir en medio de los contextos de guerras en que viven (p. 1).

Mientras la muerte agobia, empobrece, excluye, margina, violenta y ejerce presión sobre el pueblo a través de las armas, el proyecto de vida como experiencia alternativa, combate y resiste desde la alegría, la risa, la fiesta, la solidaridad, el compartir, el juego, la potencia de sus santos y santas, sus devociones populares, sus creencias, su religión y su cultura. p. 42 La fiesta se convierte así en una salida, dicho de otra forma, en una excusa para seguir viviendo, para conservar la esperanza, la ilusión de tiempos mejores y sobre todo para expresar lo que llevan en el alma y que han reprimido por tanto tiempo. Pero que los mantiene vivos: su cultura, sus manifestaciones de fe, su forma de conectar con Dios, de alabarlo, de orarle y hasta reclamarle, se manifiesta en sus fiestas.

Aparece entonces como una experiencia comunitaria alrededor de un santo, que, en forma del velorio tumaqueño o de fiesta patronal en Tanguí, p. 7. Parafraseando a Córdoba, en esta fiesta no se trata tanto de saber bailar, sino de vivir esta experiencia de pertenencia, en medio de un canto o de un baile que atrapa, que involucra; reunirse y sentirse comunidad, permite conjurar lo doloroso de la realidad, con sus penas y dificultades, en este caso, los atropellos de la inequidad, la injusticia y de la misma guerra, la dureza de la vida, las heridas; ahora la vida es ese momento recobra nuevamente su sentido (p.131).

Desde el tema de sus cuerpos, debe entenderse que si bien durante tantos años han sido tratados como objetos, en estas celebraciones comunitarias son manifestación de alabanza, alegría, libertad, respeto y vida; por eso prefieren

bailar antes que tomar un arma en sus manos. Ferrer (p. 17), dice que Hombres y mujeres viven la existencia con una alegría que les es característica. Este rasgo les hace siempre mostrarse extrovertidos: son trabajadores y hospitalarios. Poseen un gran sentido de pertenencia tanto a la familia como a su pueblo; por eso es tan fuerte la importancia que le dan a las relaciones comunitarias donde sobresalen el respeto y la veneración a los mayores y a lo sagrado, así como todas las interrelaciones con el más allá... Por su parte, Córdoba nos dice que: La juventud cumple un papel relevante en estas fiestas, especialmente en lo que llaman La Alborada, pues da ese toque especial con gritos, saltos, arengas, movimientos coreográficos, coros, entre otros. (p. 110). Bien cabe rescatar que es como si en medio de la fiesta le reconocieran al santo: “Con tu humildad y pobreza nos enseñas a luchar y a saber que estando unidos nadie nos puede explotar” (p. 86). En este sentido, ser devoto de San Antonio es resistir, luchar, estar unido y no dejarse esclavizar. (p. 88).

La fiesta no lo es sin las personas, su alegría, sus vestidos y colores. Ellos manifiestan alegría, vida, hablan por sí solos, invitan a la celebración y aun cuando no se mencionen de manera directa, transmiten emociones desde las fotos en que son captados, animan la procesión, potencializan la danza, completan *el bunde* y las comparsas – en el caso de estas celebraciones. Es muy particular que, siendo pueblos negros, herederos de culturas características por su gran colorido, en las celebraciones no le asignan un color a Dios. Pero realmente, cuando se dice Dios entre los negros, se dice simplemente Dios, sin color, sin atributos fijos, porque la espiritualidad afroamericana no ha pretendido definir a Dios, sino vivirlo. p.13 En esta misa se presentan entre tres y cuatro danzas folclóricas. La primera se da al comienzo de la eucaristía en lo que llamamos procesión de entrada; en este momento, a través de ofrendas que presentan los bailarines, se pone de presente la realidad que vive el pueblo en relación con las múltiples problemáticas que afronta, pero también expresando sus sueños y proyectos colectivos. p.112

Continuando con estas características, se llega a la fe, como esencia de su fortaleza espiritual, en tanto les ha permitido experimentar a Dios desde la cercanía, el camino, las luchas, las alegrías y especialmente desde la fiesta, como lo destaca Ferrer (p. 12). Para este pueblo afrocolombiano, esta no tiene una sola fachada y no se vive únicamente en la misa del domingo en el templo; abarca toda su vida. Goza de una indescifrable apertura para participar igualmente en una eucaristía y en un Arrullo el mismo día.), como también reitera Córdoba al afirmar que la Eucaristía de la fiesta de San Antonio se convierte en un verdadero sacramento en el que la alegría refuerza la fe, y

esta, a su vez, mantiene viva la presencia de un Dios que sigue caminando con el pueblo, bendiciendo sus actos de resistencia hasta la próxima fiesta (p. 120).

Dicha fiesta es organizada por la comunidad entera, pero de manera especial por sus líderes, personas que juegan un papel importante en estas comunidades, rol que permite que se sostengan, motivarse, unirse. Aparte de ser reconocidos y respetados por las comunidades, ellos se caracterizan al ser portadores de un testimonio que han construido a lo largo de los años. Por lo general, los líderes son mayores, y se encargan de transferir este liderazgo a las nuevas generaciones.

Desde esta óptica, estas fiestas no tienen definidas unas fronteras espacio temporales, no hay un inicio ni una finalización, porque sus actores las han venido preparando en diferentes fases a lo largo de los días o meses anteriores. (p. 8)

Los diálogos entre vecinos han venido dando forma a un evento que requiere de la participación y presencia de sus líderes. Tanto la misa patronal como el baile se convierten en un espacio de reafirmación, de liderazgo de los adultos, ellos y ellas tienen el mando en estos escenarios que se refuerzan... (p. 129). Aquí se articulan los tres pilares de la resistencia del pueblo: el liderazgo, la conciencia organizativa y la devoción al santo. Los líderes ayudan a organizar al pueblo y este responde porque tiene conciencia organizativa (p. 151).

A pesar de que nuestras sociedades actuales son muy patriarcales, en las comunidades negras, las mujeres tienen un alto nivel de participación; se encargan de *armar la fiesta*, desarrollando papeles de importancia, de liderazgo, de responsabilidad. Aquí se podría decir que después del Santo, ellas tienen el papel principal. Podemos afirmar con Ferrer (p. 8), que si bien no hay un tiempo preciso de inicio de la fiesta, sí hay unas voces que la plenifican, las de las mujeres negras.

Además de iniciarla, dan continuidad a la fiesta; por ejemplo, en la comunidad de Tanguí —como si no quisieran acabar sus bailes— las mujeres piden e incluso exigen su prolongación; ellas que han puesto a sus hijos, maridos y familiares muertos en esta guerra sin sentido, y han sufrido más de cerca sus consecuencias atroces, que las convierte en pilares de resistencia en la comunidad (p. 131).

Es bien dicho, entre las comunidades negras, que *nadie les quita lo bailado*, entonces tiene sentido que se extienda la fiesta, que se prolongue ese momento

especial, ese Arrullo, que las lleva a sanar su alma y fortalecer su voluntad para continuar el camino.

Con toda esta celebración, es claro que se necesita un lugar para convocar, reunir y celebrar, entonces existe la casa comunitaria, la casa que acoge, el lugar a donde todos pueden llegar. Esto hace referencia al espacio donde nace la vida. La acogida. Lo que sí está claro es que significa más que un techo y unas paredes, aquí se escuchan y nacen las propuestas, se resuelven los problemas y se vive la fiesta. Se evidencia ese papel protagónico de la mujer, *La fiestera* – como también se le dice a la dueña del velorio –, acompañada de sus familiares y personas cercanas que han venido desde parajes distantes, recibe a los invitados en su casa. (p. 8). Como dicen sus líderes: “la fiesta ha tenido que articularse más a lo social”; es por eso que ahora también tiene que ver con la tienda, la casa comunitaria. En la casa se realizan actividades de la fiesta entre otros quehaceres comunitarios que conllevan a la resistencia frente a la guerra; en la tienda se compran los alimentos que se consumirán en ella. El alimento es promesa de resistencia, es un aporte a la tarea de no dejar que la gente se vaya del territorio a causa del hambre (p. 100).

Como toda tradición, esta fiesta necesita actualizarse para las nuevas generaciones que la acojan, conserven y renueven como estrategia de resistencia comunitaria; personas que, de la mano de sus mayores, las perpetúen en el tiempo. Así lo indica Ferrer cuando describe cómo las niñas y los niños se encargan de avisar a cada uno de los participantes: los músicos, las mujeres de más edad, junto con algunas jóvenes y los hombres, (p. 8), tal como lo ratifica Córdoba al comentar que por circunstancias históricas, el liderazgo ha pasado a nuevos miembros más jóvenes en un relevo generacional que permite asumir ciertas responsabilidades dentro de la comunidad (p. 66).

Hasta el momento hemos podido apreciar una amplia gama de detalles, que permiten conocer estas comunidades negras, su experiencia y legado de resistencia. Reconocemos una inmensa riqueza oral y en algunos casos escrita manifestada en sus rezos, alabados, himnos, poesías y canciones. A través de ellas cuentan su historia, expresan sus anhelos, su amor, su libertad, su identidad y ante todo su resistencia.

Un broche de oro, que se convierte en estribillo festivo, resistencia, fiesta, resistencia, algo que no se hace por hacerse, ni por cumplir, sino que se hace porque se vive. Se defiende la vida y se le da sentido a la existencia. Como lo señala Ferrer, la mezcla de ingredientes religiosos dio origen a este

catolicismo popular al interior de las comunidades negras, caracterizado por una fuerte marca de cristiandad y por símbolos y ritmos afrocolombianos, de donde surgieron y se mantienen hasta hoy experiencias tan ricas como la del Arrullo, bastión muy importante en la lucha de resistencia. Córdoba dice que la resistencia no es solamente capacidad de *aguantar*, es, ante todo, tener condiciones de vida para enfrentar las situaciones adversas, es tener razones y fuerzas suficientes para defender la vida, la tierra, la comunidad, tener sentido comunitario, tener identidad étnica y territorial, claridad frente a lo que está pasando como un compromiso colectivo (p.146).

Con estos doce momentos o características de las comunidades negras, se configura una imagen resumida de esta resistencia, a través de una celebración vivida, compartida, luchada, soñada, resistida y bailada por sus protagonistas. Una experiencia que nos acerca, que no es nueva, pero que tampoco es conocida por muchos y que le hace mucho bien a la humanidad. Pues que mejor forma de resistir y de sumarse desde su ser, su esencia, sus raíces ancestrales y su espíritu fiestero a la búsqueda de paz que todos anhelamos.

Tercer momento

Es probable que, al leer estas líneas, se piense en que no se pasó a más, que no *descubrimos nada nuevo* del asunto y que no nos presentaron la superidea. En realidad, la vida parte de lo sencillo, pero es más vida cuando se hace con todo el corazón. Por eso se planteó una devolución de este texto a las comunidades que le dieron vida, personas que han conservado, perpetuado y fortalecido a lo largo de los años, estos signos de vida como un legado para la humanidad. Son ellos quienes deben seguir defendiendo estas acciones que nos inspiran a crear nuevas estrategias de resistencia; esta es la verdadera importancia de su legado, mostrarle el camino a otros colectivos, que, conociéndolas, se dejen inspirar.

Todo esto, busca alejarnos de hacer simplemente una hermosa reflexión que no conlleva a nada o que no tiene eco en sus protagonistas principales y peor aún, que les niegue sus créditos. Es cierto, como lo afirman estos autores, que en Colombia este tipo de ejercicios teológicos, desde la perspectiva de la afrocolombianidad, aún está por escribirse. Desde nuestros contextos propios, estas reflexiones dejan ver un gran campo virgen que permite caminar libremente en su tratamiento; sin embargo, es preocupante esta gran ausencia de reflexiones propias, no solo de autores afrocolombianos, sino también el problema de actualizar las experiencias de fe de negras y negros, y más aún, sin

ser negro. A lo anterior debe añadirse otra frontera: de esto poco que se escribe y publica, nada, o casi nada, llega a ser conocido por los pobres reales.

Conscientes de esta tentación y reconociendo que esta propuesta nace de la necesidad de establecer un diálogo en torno a este tema, que ya preocupa, siendo que tales reflexiones no están llegando a los verdaderos implicados, es necesario, generar un Feedback, una experiencia de devolución y crear canales de diálogo y de construcción colectiva aquellos que dan origen a estas reflexiones, siendo conscientes de que su testimonio, sus vidas, sus luchas, sus expresiones, sus sueños, sus raíces, su cultura, su forma de plantar cara a la realidad, puede motivar a otros en este caminar juntos por la vida.

Conclusiones desde la resistencia e implicaciones eclesiales. Aportes, luces y elementos de inconsistencia

El Arrullo, así entendido, cuestiona a la Iglesia Católica como institución sobre su real apertura a este tipo de manifestaciones de fe, y hasta dónde puede llegar el tema de la inculturación del Evangelio en esta vía.

La teología de la liberación, aparte de otras, universalistas y, por tanto, monoteóricas, se presenta como un fenómeno local y muy concreto, que busca hacerle el quite al riesgo —siempre presente— de no comunicar nada a ninguno.

Este ejercicio de diálogo entre las investigaciones desarrolladas por Ferrer y Córdoba, permite, por un lado, denunciar el desconocimiento de las estrategias de resistencia, diseñadas por las comunidades negras y, por otro, fomentar el reconocimiento de estas prácticas, que pueden iluminar el caminar y la resistencia de más comunidades.

En términos de empoderamiento, el papel de la mujer se realiza con mucha fuerza y de manera espontánea al interior de las comunidades negras, evidenciando cómo ellas, han sabido encauzar un liderazgo positivo, que une y sostiene la esperanza y la resistencia a través de la celebración.

La cultura afrocolombiana hunde así sus raíces en procesos de lucha por la sobrevivencia en un entorno al que fue traída sin su consentimiento... estamos hablando de opresión al extremo; un hecho que, sin duda, la ha marcado, trastocando así toda la historia de la humanidad. Sin embargo, las comunidades negras han sabido conservar su cultura, su fe y esperanza a partir de procesos creativos y de celebraciones llenas de compromiso en coherencia con su realidad, y buscando en ellas la fortaleza para resistir en unas situaciones no menos hostiles que aquellas que les trajeron hasta esta tierra.

Todo este caminar, celebrar y resistir de los pueblos, está acompañado por el mismo Dios, desde una experiencia profunda de fe en ÉL, quien continúa *viendo, escuchando y bajando*, al igual que como lo hizo en aquel Éxodo primigenio, para rescatar a su pueblo, para sostener su iniciativa de preservar la vida, para buscar la paz y la justicia entre los hombres. Una propuesta que sigue abierta para toda la humanidad.

Referencias

- Aguirre, R. (1994). *La mesa compartida. Estudios del Nuevo Testamento desde las ciencias sociales*, Editorial Sal Terrae, Colección Presencia Teológica N.º 77, Santander.
- Albérigo, G. y Possua, J. (1987). *La recepción del Vaticano II*. Madrid: Ediciones Cristiandad.
- Boff, L. (1985). *Teología del cautiverio y de la Liberación*. Madrid: Ediciones Paulinas.
- Córdoba, J. (2019). *Resistencia Festiva. Fiesta de San Antonio de Padua en Tanguí, Chocó en el contexto del conflicto armado (1996-2008)*. Medellín: Editorial Uniclaretiana
- De La Torre, G. (1994). *La celebración litúrgica de los sacramentos de iniciación. Bautismo, Confirmación, Eucaristía*. Quibdó: Diócesis de Quibdó.
- Ferrer, E. 1997. *El Arrullo. Espacio religioso de resistencia*. [Tesis de Maestría, (UCA) Universidad Centroamericana José Simeón Cañas de San Salvador-El Salvador].
- García, J. (1991). *Teología Fundamental de los sacramentos*. Madrid: Ediciones Paulinas.
- Garrido, J. (1981). *La misión de Tumaco, Tomo VIII*. Vitoria: Ediciones El Carmen.
- Garrido, J. (1980). *Tras el alma de un pueblo, Folklore religioso del Vicariato de Tumaco*. Tumaco: Vicariato Apostólico de Tumaco.
- González, F. (1982). *El Vicariato Apostólico de Tumaco. Los hijos de Santa Teresa en el Pacífico Colombiano. 1954-1979*. Bogotá: Latigraf Ltda.

Gutiérrez, G. (1990). *Teología de la Liberación. Perspectivas, 7a edición*. Lima: Centro de Estudios y Publicaciones.

Herrera, A. (1994). *Teología Afroamericana. Conceptualización para una propuesta de elaboración*. Quito: Centro Cultural Afroecuatoriano.